

UN DÍA PARA LA HISTORIA

Pedro DEL GUAYO LITRO
anelier@hotmail.com

París. 21 de enero de 1793.

Aún no había amanecido cuando Charles-Henri Sanson abrió los ojos. Fuera sonaba un fuerte viento invernal. Sin apenas moverse, permaneció durante un largo rato mirando al techo del cuarto. Pero cuando dieron las siete supo que sí o sí debía levantarse ya que todavía había mucho por hacer. De haber podido ese día lo hubiese borrado del calendario. Notó que su mujer se movía para abrazarlo y besarlo cariñosamente. Eso le insufló cierta energía con la que lograr incorporarse y empezar a vestirse sin dilación. Y así procedió, en silencio y a la luz de unas velas. Mientras, su esposa se dirigía a preparar algo para desayunar, aunque sabía que se le cerraba el estómago al ir a trabajar. Cuando salió de la habitación se encontró con su hijo. Cruzaron las miradas y se dijeron todo en silencio. Pudo intuir que como él, el chico también había pasado una mala noche, pues a fin de cuentas la labor que debían de desempeñar esa mañana les cambiaría la vida para siempre.

Tomaron leche caliente y pan mientras su mujer, sentada junto a un fuego recién encendido, les observaba. Charles sacó una bolsita de cuero del bolsillo y cebó una bonita pipa blanca. A los pocos segundos expulsaba nubes de humo de dulce olor por toda la cocina. No todos los días fumaba tan temprano. Su esposa le conocía muy bien y sabía que solo lo hacía cuando estaba realmente preocupado.

Tras una fuerte calada se inclinó sobre la mesa y se dirigió a su hijo con seriedad, para indicarle cómo debía comportarse y qué tenía hacer llegado el momento. Este escuchó las palabras como si fuera la primera vez que las oía. Comprendía la preocupa-

ción de su padre, pues iban a tener miles de ojos observándoles y no podían errar en su labor. Desde hacía muchas generaciones su familia había tenido ese trabajo, motivo por el que solían ser señalados y, en algunas ocasiones, tratados como apestados. Pero alguien tenía que hacerlo y había que admitir que no existía nadie mejor que ellos en el oficio. Era conocedor de que no que su padre jamás había amado esa labor y veía que poco a poco le consumía por dentro. De hecho, sabía que la consideraba como una maldición. Pero todos entendían que, en los tiempos que corrían no podían hacer miramientos a la forma de ganarse el pan. Así que hacía mucho que se habían resignado. Además, el joven era consciente de que tarde que temprano le tocaría soportar la losa que su padre acarreaba desde hacía años.

Este al fin enmudeció y fumó un rato absorto en sus pensamientos. Poco a poco el viento dejó de ser el único que recorría las calles. La ciudad despertaba y esa iba a ser una jornada que nadie olvidaría.

Se levantaron en silencio y se despidieron de la mujer, el único ser que les recibiría cariñosamente a su llegada. Para ella esa era su dura tarea: hacer



Ataque al ayuntamiento de París el 27 de julio de 1794 (caída de Robespierre).



como si nada hubiese pasado. Bajaron a la cuadra y engancharon a una vieja yegua al carro que les llevaría hasta su destino. Cogieron todo lo necesario y entre los dos cargaron una pesada caja que taparon para ocultarla de las miradas curiosas. Se abrigaron ya que fuera aún se mantenía el frío junto con los restos de la nevada de hacía unos días. Al sonar las ocho abandonaron el edificio con celeridad, pues sin ellos no habría espectáculo. Para cuando el sol se atrevió a salir en tan fatídico día, las calles de París ya estaban atestadas de gente. Eran observados por todos y a su paso los susurros llenaban el ambiente, pues sabían quiénes eran y a dónde iban. Charles azuzó a la yegua para ir más rápido y así alejarse cuanto antes de la sensación que generaba entre sus vecinos. Desde siempre hubiera preferido desaparecer de esa parte del mapa para poder vivir dignamente olvidado por todos aquellos que con tanto recelo le miraban. Aún y todo tardaron un rato largo en alcanzar su destino, dado que la nieve dificultaba el tráfico y todo París se dirigía al mismo punto. Pero por fin lo lograron. Ante sus ojos se abrió majestuosa la plaza de la Revolución con cientos de personas esperándoles. Todos comentaron su llegada pues su presencia significaba que el momento se acercaba y tendrían lo que habían ido a buscar.

Por encima de las cabezas de los presentes se elevaba amenazante un cadalso coronado por una estructura de madera de 2,80 metros. Hacia este se dirigieron con facilidad ya que los soldados les abrieron paso. Charles-Henri Sanson saludó a su ayudante, el cual les esperaba sentado en las escaleras de la estructura. Padre e hijo bajaron del carro y comenzaron a prepararlo todo. Lo primero que hicieron fue subir la caja de madera. De ella sacaron una pesada cuchilla que colocaron correctamente en su lugar. La sujetaron bien y la probaron. La guillotina estaba lista y el gentío emitió un grito de júbilo.

El cadalso se encontraba fuertemente defendido por un poderoso anillo de soldados, garantizando así que nadie se pudiera acercar y si lo intentaban recibirían un culatazo en la cara o algo peor. Char-

les habló con el oficial y repasaron los puntos a seguir. Él también, por muchos galones que portase, estaba nervioso. Poco faltaba para las diez, la hora señalada para la ejecución. Recorrían el entablado de un lado a otro impacientes, fumando y mirándose de soslayo. Mientras, el populacho entonaba cánticos de dudoso gusto, deseando justicia y pidiendo venganza. Sí, siempre pensó que todos estaban locos y que él era la mano ejecutora de esa enajenación.

No habían dejado de sonar las diez campanadas cuando, desde una calle que daba acceso a la plaza, la muchedumbre empezó a gritar de forma ensordecedora. Desde su privilegiada posición vieron cómo entraba en el lugar una carroza verde tirada por un caballo y rodeada por un gran número de guardias. Comenzaron a vibrar los tambores de los soldados que circundaban el lugar de la ejecución, tapando con sus marciales redobles el rugido del pueblo. Poco a poco el vehículo se fue acercando y el corazón de Charles comenzó a acelerarse. Había llegado el momento.

El caballo relincho cuando se paró junto a la sombra que empezaba a proyectar la guillotina. Todos callaron, incluso los tambores. Al descender del patíbulo junto a su hijo y su ayudante, tuvo que esperar un rato hasta que la puerta del carruaje se abrió, viendo salir de la misma a un soldado y a un civil. Tras ellos asomó la cabeza un hombre de unos treinta y muchos años, con un porte elegante y distinguido, enfundado en una bonita casaca blanca y azul. Miró a las personas que tenía frente a él con rostro serio pero impasible.

-Señor -rompió a decir Charles-, debo quitaros la casaca.

-¿Me queréis decir que no podéis hacerlo con ella puesta? - espetó con cierta sorpresa.

El veterano verdugo le explicó que para que todo fuera más rápido y eficaz, sería mejor que no la llevara.

El caballero aceptó e incluso ayudó a que se la retiraran. A continuación el ayudante de Charles avanzó con una cuerda para atarle las manos a la espalda, provocando que el reo le mirara con desprecio y se negara enérgicamente a tal tratamiento. El civil que le acompañaba le aconsejó que aceptara lo que le ordenaban y le consoló diciéndole que pronto acabarían las vejaciones. Así que bajó la vista mientras le amarraban como a un animal. Inmediatamente, Charles le agarró de un brazo y su hijo del otro. En cuanto comenzaron a subir

Revolución francesa.
Ejecución de Luis XVI (1754-1793)
el 21 de enero de 1793.
Grabado en color.

por las escaleras los tambores arrancaron de nuevo un sonido marcial y rítmico que aceleró los corazones de los allí congregados.

-Y dígame, ¿van a estar todo el rato tocando? –preguntó el reo a su verdugo.

-Ciertamente no lo sé, señor. No se preocupe por ellos.

Su hijo y el ayudante se dirigieron hacia la guillotina para prepararla. Mientras, él fue a colgar la casaca del procesado en la barandilla que rodeaba el cadalso y al regresar vio cómo el desdichado intentaba hablar al público.

-¡Señor! Lamento decirle que tiene expresamente prohibido dirigirse al pueblo, le espetó.

Comprobó que el condenado se dio cuenta de que de todas maneras daba igual, pues los tambores impedirían que cualquier sonido que saliese por su boca llegase a nadie. Así que se resignó y con tristeza se dejó llevar en silencio hacia su final.

Pero el miedo es libre y en el instante en el que los verdugos le iban a colocar en posición, se revolvió, forcejeó un segundo y de su garganta brotó un fuerte grito:

- ¡Pueblo, muero inocente!

A Charles le dio muchísima pena. En esos momentos era cuando más odiaba su profesión. De nuevo intentaron sujetarlo a las cuerdas de la tabla cuando el preso se volvió y le miró a los ojos, provocándole un escalofrío que le recorrió la espalda, al comprobar que en su rostro ya no había odio, únicamente resignación.

-Señores, soy inocente de todo lo que me han acusado. Espero que mi sangre sirva para cimentar la felicidad del pueblo francés. –dijo majestuosamente.

El propio reo se tumbó en el lugar que le correspondía y nada objetó cuando el ayudante del verdugo le cortó el pelo que ocultaba su cuello. Mientras esto pasaba, los espectadores que se habían reunido para admirar ese espectáculo comenzaron a gritar impacientes para que se cumpliera ya la condena. Eran una sola mente, una sola boca, una turba que aclamaba a la muerte, sedientos de sangre.



La cabeza del preso sobresalía por un agujero a cuyos pies se disponía una cesta de mimbre. Charles comprobó que todo estaba correctamente preparado e hizo una señal a su hijo y al asistente para que se retiraran. Miró al oficial a caballo que mandaba la tropa, quien acto seguido ordenó que se silenciaran los tambores. Estos callaron y todos los presentes enmudecieron. A continuación agarró la cuerda y, dado que nunca le gustó ver lo que iba a suceder, desvió la mirada hacia las pantorrillas del condenado. Se fijó que vestía unas finas medias blancas y unos zapatos negros en los que destacaba una brillante hebilla dorada.

-Cuánto lujo habrán pisado –pensó en el mismo momento en que tiraba de la cuerda.

Acto seguido un estridente ruido rompió el silencio durante menos de un segundo. 60 kilos de hierro cortaron el aire y el cuello del condenado, cuyas piernas le temblaron un instante, pasado el cual dejaron de moverse para siempre. Ya estaba hecho. Dirigió la vista a su hijo y vio que estaba con la mirada clavada en el suelo, sintiéndose orgulloso por ello.

Al ponerse en la parte delantera de la guillotina observó cómo aún salía un potente chorro de sangre del cuerpo mutilado del ejecutado. Sin inmutarse agarró por el pelo la cabeza que yacía boca abajo en la cesta de mimbre y, como mandaba el reglamento, la elevó mostrándola a todos aquellos que habían ido a verla en ese estado. Inmediatamente el sonido de una salva de cañones se unió al rugido del pueblo. Charles-Henri Sanson estuvo así buen rato. Nadie tenía prisa por irse. Todos querían ver el rostro del ciudadano Luis Capeto. Todos querían celebrar la muerte de Luis XVI, el último rey de Francia.